

no existía ya. El marqués murió en 1830, después de haber visto al rey Carlos X pasando á Nonancourt, á donde este grande Esgrignon fué, seguido de la nobleza válida del Gabinete de los Antiguos, á ofrecerle sus respetos y á unirse al escaso cortejo de la monarquía vencida. ¡Acto de valor que acaso parecerá hoy sencillo, pero que resultaba entonces sublime dado el estado de la Revolución!

¡Los galos triunfan! fué la última palabra del marqués.

La victoria de Croisier resultó entonces completa, pues el nuevo marqués de Esgrignon se casó ocho días después de la muerte de su padre con la señorita Duval, que tenía tres millones de dote, pues Croisier y su mujer le aseguraron su fortuna en el contrato. Durante la ceremonia del casamiento, Croisier dijo que la casa Esgrignon era la más honrada de las casas nobles de Francia.

El marqués de Esgrignon, que ha de reunir algún día cien mil escudos de renta, va todos los inviernos á París, donde hace la vida alegre del soltero, sin preocuparse más de los grandes señores que de su mujer, la cual le tiene completamente sin cuidado.

—Respecto á la señorita Esgrignon—decía Emilio Blondet, personaje á quien debemos algunos detalles de esta aventura,—si no se parece ya á la celestial figura que yo conocí en mi infancia, es indudablemente con sus sesenta y siete años la figura más dolorosa y más interesante del Gabinete de los Antiguos, donde sigue aún reinando. La vi en el último viaje que hice á mi país, para buscar los papeles necesarios para casarme. Cuando mi padre supo con quien me casaba, quedó estupefacto y no recobró la palabra hasta el momento en que yo le dije que era prefecto, para responderme sonriendo: «¡Tú has nacido prefecto!» Dando una vuelta por la villa, encontré á la señorita Armada, la cual se me apareció más grande que nunca, pues creía ver en ella á Mario sobre las ruinas de Cartago. En efecto, ¿no sobrevive á sus religiones y á sus creencias destruidas? La pobre no creía más que en Dios, y triste y muda generalmente, sólo conserva de su antigua belleza unos ojos dotados de un brillo sobrenatural. Cuando la vi yendo á misa con su libro en la mano, no pude menos de pensar que aquella criatura ruega á Dios que la retire de este mundo.

En los Jardies, julio de 1837.

ÍNDICE

	Página
La solterona.	7
El Gabinete de los Antiguos.	127



